

La raíz maya de Fernando Castro Pacheco

Antonio Mediz Bolio

Hace tres años dije de Fernando Castro Pacheco que era, sin duda alguna, el más grande pintor yucateco de todos los tiempos y el más yucateco de todos los pintores. Una y otra aseveración, hechas con sinceridad firme y desapasionada, han ido confirmando para mí, frente a cada paso que nuestro gran artista adelanta en el camino de su creciente perfección. Y si tres años cuentan mucho en la vida de un niño o de una mujer, en la evolución de la técnica y la calidad de la pintura de Castro Pacheco, este corto tiempo ha servido para un seguro y sorprendente progreso, que, en verdad, no depende de la constancia en el trabajo ni de la práctica consciente, sino puede decirse que procede del crecimiento natural de su vocación y de la mayor fuerza de su temperamento.

A medida que sus ojos absorben las formas exteriores y su sensibilidad las trasmuta en real y dominadora belleza, la ejecución de su obra

sube cada vez a mayor altura, y a medida que van fijándose su sentido y su expresión en una inconfundible y recia personalidad propia, el joven maestro va encontrándose a sí mismo y las poderosas corrientes que, más o menos sujetas comenzaban a moverse en su espíritu, ya se desbordan en anchos y transparentes raudales. La naturaleza de nuestro pintor corresponde a la naturaleza del hombre que la lleva dentro, y lo que antes era un persistente anuncio es ya un advenimiento definitivo.

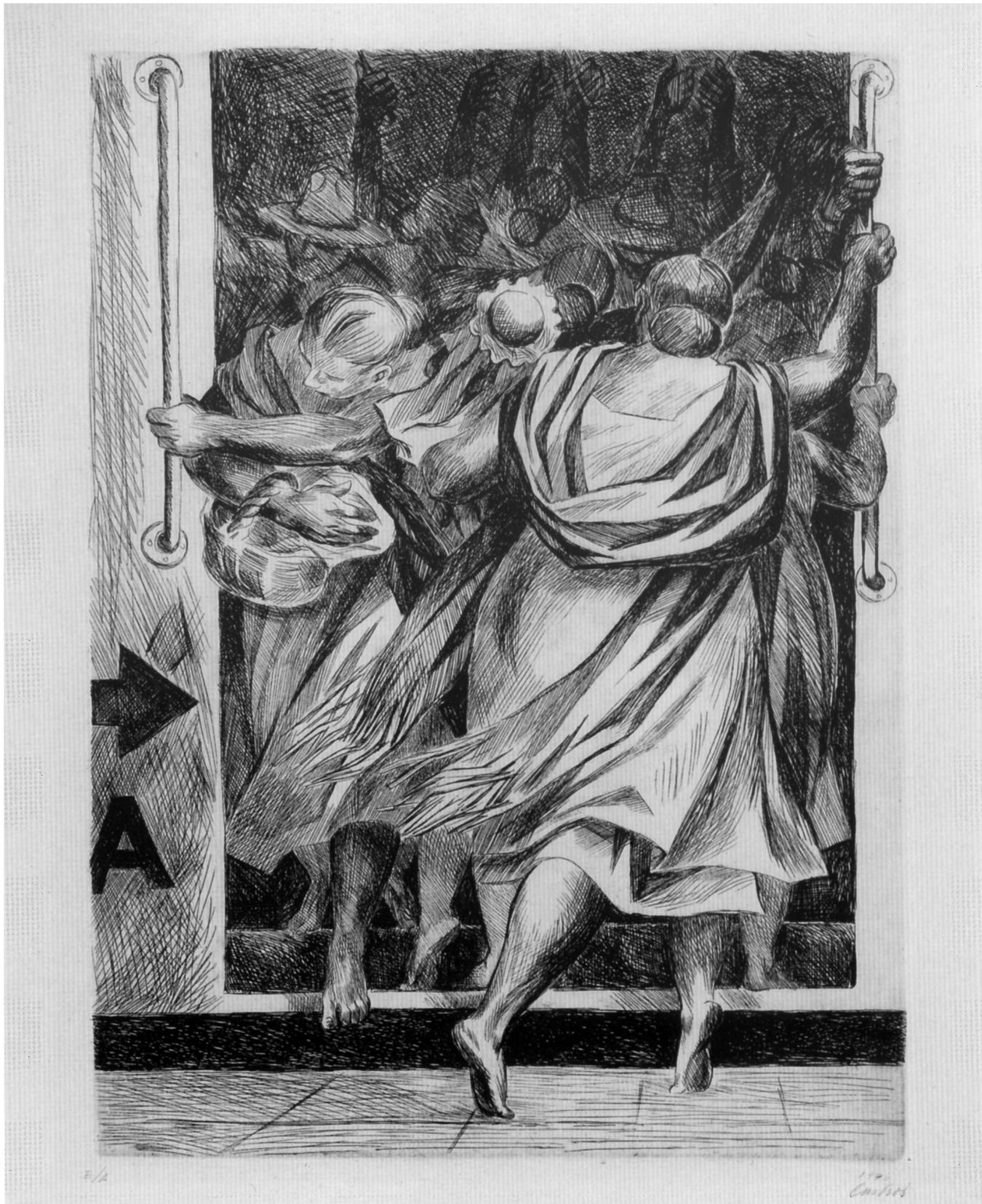
La calificación de Castro Pacheco, no solo como el más grande pintor yucateco, sino como el más yucateco de todos los pintores, reclama ya una amplia y razonada justificación; por más que esta salga al paso de cada obra suya y en cada modalidad de su arte. Cuando se dice que es el "más yucateco de todos los pintores" no se quiere decir que sea un pintor folklorista de Yucatán. No es que

Antonio Mediz Bolio (1884-1957). Fue un abogado, poeta, periodista, mayista, historiador y político mexicano; nacido en Mérida, Yucatán y muerto en la Ciudad de México. Uno de los más preclaros valores de la literatura de Yucatán y de México; reconocido por su obra poética, por sus novelas y también como dramaturgo.

Publicado en el *Suplemento Cultural del Diario del Sureste*, del sábado 20 de noviembre de 1954, año I, número 45, Mérida, Yucatán.

ANTONIO MEDÍZ BOLIO

El tranvía, 1956. Aguafuerte sobre placa de zinc, 45.6 x 33 cm.
Edición del autor. Firmado: a.i.d. (1956, Castro)





pinte el "Castillo de Chichén Itzá" ni las "casas de paja" a la sombra de los flamboyanes, ni las vaqueras muy elegantes bailando la "jarana".

La pintura de Castro Pacheco es otra cosa, mucho más profunda y mucho más alta. No está hecha para comerciar con los turistas, ni para "asustar" a las gentes. Su inspiración —digámoslo así— viene de muy lejos y su imperiosa manera de expresión arranca de hondas y remotas fuentes. Tal vez, al principio, él mismo no lo sabía, por más que era arrastrado por misteriosas fuerzas superiores. Ya tal vez lo sabe y se da cuenta de por qué pinta como pinta y de por qué tiene en su obra esa manifestación de poder anímico y esa claridad de dirección, que hoy se dice que es el "mensaje" individual del artista en el mundo.

En realidad, la obra de Castro Pacheco, alimentada y sostenida por auténticas raíces mayas, es una obra mestiza, en que lo fundamental es lo puramente nativo, por más que la visión y la plástica, y el sentido humano, que es su determinante, reaccionaran en el ambiente de ahora. No por ser un pintor de esencia maya iba a copiar los frescos de Bonampak, ni las páginas de los códices. Todo eso es en él como una luz que viene de lejos y que hace que su propia sombra se proyecte en el camino que le alumbraba. Ha sido fiel a su origen y ha de seguirlo siendo, porque lo lleva en el latido de la sangre y en el resplandor del alma.

De ese secreto impulso antiguo vienen a sus ojos y a sus manos las características de su pintura, que no buscó su punto de partida en ningún "modo" convencional, ni encuentra acomodo en ninguna escuela clasificada.

Un maravilloso cuadro de Castro Pacheco se llama **El abrazo** y que es, ejecutado con casto realismo, el ayuntamiento de un indio maya con una mujer blanca; pudiera decirse que es el símbolo de su arte y la explicación de su obra.

Lo maya, que en él es lo sustantivo y lo primordial, posee y fecunda lo europeo, que es lo adjetivo y secundario.

Otra proyección india que hay en Castro Pacheco es la calidad social de la mayor parte de sus cuadros y sus dibujos. Es la ancestral ansiedad de justicia, es la atormentada protesta de siglos de esclavitud, es la incontenible sed de reparación y el hambre desesperada de pan, el ritual y ardiente amor a la tierra, y el afán martirizado de la libertad.

Aquel grabado estupendo del indio maya clavado en las pencas, como puñales de la mata de henequén, es todo un desgarrador concepto de la cruel servidumbre que para el antiguo "señor de la tierra" fue el terrible agave, "oro verde" para los ricos y sangre y sudor para los hijos de la gleba. Y aquel árbol seco y solitario, como un gemido del suelo en que llora la raza muerta...

Las mujeres mayas de las telas de Castro Pacheco tienen una tremenda fuerza telúrica; así las hembras desnudas, llenas de una litúrgica honestidad, como las que se bañan, tal que en una ablución religiosa, en las aguas frescas del cenote; como las recatadas y finas, dulces y fuertes, envueltas en sabanas olorosas; y las que visten con majestad, el blanco huipil y esperan a quién sabe quién, a quién sabe qué, con los ojos entrecerrados, con la mirada perdida hacia adentro. Y sobre todo esto, la mágica creación de la **Diosa del Maíz**, cuyos pechos son dos pródigas mazorcas en hierática interpretación del esotérico nombre del grano que es la vida y que en maya se llama con el mismo nombre que el seno nutricio de la mujer.

Yo guardo con emocionada admiración un bellissimo dibujo de este mi genial amigo, que es un ágil venado temeroso que se acoge al hombre

huyendo de la maldad y del peligro, sobre un fondo alegórico, en cuya suave sencillez se siente, recónditamente, todo el espíritu de la tierra nuestra. Este grabado, que fue una magnífica ilustración de un poema mío, está todo lleno de una íntima ternura que solamente puede sentir y hacer sentir un corazón que se estremece con latido maya, como el de Castro Pacheco.

Por todo esto, yo renuevo mi firme declaración de que Fernando Castro Pacheco, artista de estos años con remotas y penetrantes raíces en los milenios de su raza, es, en Yucatán, el más grande de los pintores de todos los tiempos. Y ya pronto será uno de los maestros de América, porque ya va perteneciendo no solo a Yucatán, no solo a México, sino a la Humanidad en la que él cree y a la que tanto ama.

Es justo y debido el homenaje que ahora se le rinde y al que, con toda convicción y con legítimo orgullo, me adhiero fervorosamente. 



Don Fernando, Mérida, Yucatán, c. 2012. Fotografía de Felipe Ahumada Vasconcelos.



La escalera, 1956. Aguafuerte sobre placa de zinc, 44.5 x 32.7 cm.
Edición del autor. Firmado: a.i.d. (1956, Castro)

